

*taminis apprehendit, qui non in semetipso prius per afflictam venneris concupiscentiam carnis incentiva devicerit.* S. GREG. LIB. 10

## MORAL.

*Est tempus hoc tempus descendendi de peccato in peccatum, et perducens ad infernum, et ideo dicitur: tenent tympanum et citharam, et ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad infernum descendunt.* S. VINCENT. FERR. SERM. 5. QUING.

*Vide retia inextricabilia que dæmon inimicus noster hoc tempore nobis tendit... vide innumerabilium animorum prædam, quam hoc tempore sibi surripit; idque non solum quoad plebeios toto anno vitæ vanitatis deditos, verum etiam persepe quoad illos, qui alio anni tempore bonam habent animæ suæ custodiam.* SAN CAR. BORROM. ACT. MEDIOL., 1151.

## EJEMPLOS.

Santa Gertrudis, habiendo merecido una vez tener á Jesucristo reclinado sobre su pecho como enfermo, durante el triduo del carnaval, nada procuraba con más ahinco en este tiempo, que rogar por la conversion de los mundanos, entregada á la oracion, al silencio y á toda clase de mortificaciones. (In ejus vita.)

Santa María Magdalena de Pazzis, con frecuencia y particularmente en los dias de carnaval, saltaba de la cama á cualquier hora de noche, y dirigiéndose al Santísimo Sacramento, postrada en su presencia, lloraba inconsolablemente los muchos y grandes pecados que se cometian contra la divina Majestad, y rogaba y sufría durísimas penitencias por la conversion de los ciegos pecadores. (In ejus vita.)

los combates espirituales, si antes no doma los incentivos de la carne, castigando en sí mismo los deseos lujuriosos.

Este es el tiempo (el carnaval) de precipitarse los hombres de un pecado á otro, y de acercarse al infierno, verificándose aquello de Job: *tocan el pandero y la vihuela, pasan en delicia los dias de su vida, y en un momento bajan á lo profundo.*

Observad los enredados lazos que en ese tiempo nos tiende el demonio enemigo..... mirad las innumerables conquistas de almas que en él hace, no solamente sobre aquellos, que todo el año se avezan á una vida profana, sino aun sobre los que en el restante tiempo vigilan por su alma.

Santa Catalina de Sena, en el mismo tiempo, pasaba toda la noche en profunda oracion. (Mansi disc. 15.)

Véase: BIENES TEMPORALES Y ETERNOS; I.

## CASTIDAD.

## I.

*Glorificate et portate Deum in corpore vestro.*

Glorificad á Dios y llevadle siempre en vuestro cuerpo.

(Cor. vi, 20.)

Tal es, hermanos míos, el consejo saludable que S. Pablo daba á los primeros cristianos para infundirles el amor de la pureza, que tan encarecidamente les habia recomendado. Huid, les decia este grande apóstol, de la fornicacion; porque el que la comete, peca contra su cuerpo. Sabed, que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros; y que no os perteneceis á vosotros mismos, supuesto que habeis sido redimidos á gran precio. Glorificad, pues, á Dios, y llevadle siempre en vuestro cuerpo. Esta doctrina nos enseña, que el pecado contrario á la santa virtud de la pureza es más vituperable en un cristiano que en los demás hombres. Toda vez que el cristiano pertenece á Dios de una manera particular, y que su cuerpo ha sido consagrado por el bautismo y convertido en templo del Espíritu Santo, deber suyo es conservarle en un estado de pureza perfecta, desterrando de este templo místico todo lo que pueda empañar su belleza. Así, pues, la pureza debe ser la virtud predilecta de todo cristiano; porque siendo, como lo es en realidad, uno de los más bellos ornamentos del cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia,

cualquier miembro de este cuerpo, manchado con el vicio contrario, debe considerarse como un miembro podrido é inútil, que merece ser cortado.

Sin embargo, amados hermanos míos, con dolor lo decimos, cuanto más necesaria es esta virtud en un cristiano, tanto más raro es que le veamos adornado de ella. Esta bella flor ha perdido todo su brillo en medio de un mundo perverso, que difunde por todas partes la corrupcion de que está inficionado. ¿De dónde proviene tamaña desgracia? Del poco aprecio que generalmente se hace de la virtud de la castidad, y del olvido en que se tienen los medios más á propósito para conservarla. Este es el asunto de que voy á tratar en el presente discurso. Prestadme, os ruego, vuestra atencion.

La castidad es una virtud preciosísima; luego debemos tenerla en grande aprecio. Primer punto. La castidad es delicadísima, y, por lo tanto, hay que usar de muchas precauciones para conservarla. Segundo punto. ¡Que no pueda yo hablar hoy con el lenguaje de los ángeles para infundir el amor á una virtud, que hace á los hombres semejantes á estos puros espíritus! Pidámosle por la intercesion de la Reina de las vírgenes. A. M.

1. Una virtud venida del cielo, que ha hecho descender al Hijo de Dios del cielo á la tierra, que eleva el hombre al cielo por la semejanza que le da con los ángeles, y aun con el mismo Dios, y por la seguridad que, en algun modo, le infunde de su eterna felicidad, ¿no merece, hermanos míos, el título de virtud preciosa y digna de toda nuestra estimacion? Pues tal es la virtud de la castidad. Sí; la castidad es hija del cielo, de donde trae su origen. Solo Dios podia enseñar é inspirar á los hombres la práctica de una virtud tan sublime y perfecta: los hombres carnales distaban demasiado de ella para dar lecciones de pureza. Con efecto; ¿de qué manera el hombre, á quien el pecado habia hecho enteramente sensual, hubiera podido alcanzar la perfeccion de una virtud tan contraria á las inclinaciones de la naturaleza? Necesitaba para ésto el auxilio de lo alto, que le elevase sobre sí mismo, que le librase de sus sentidos y de sus naturales inclinaciones. Así lo reconoció el más sábio de los hombres, cuando dijo, que no podria ser continente si Dios, de quien procedia este don, no se lo otorgaba; y que por esto acudia al Señor y se lo pedia de todo corazon: *Scivi quoniam continens esse non possem, nisi Deus det.* SAP. VIII, 21. Así tambien nos lo da á entender Jesucristo, cuando dice en su Evangelio, que no todos son capaces del mérito y de la resolucion de la castidad, sino aquellos á quienes se les ha con-

cedido de lo alto: *Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est.* MATTH. XIX, 11. Verdad es, que la antigüedad pagana ofrece algunos ejemplos de castidad; pero ésta no era entónces comunmente, sino una virtud de ostentacion ó de mera apariencia, que servia de velo para ocultar vicios groseros, y nunca se pareció en nada á la que la perfeccion cristiana inspira á sus discípulos.

Pero, el aprecio en que debemos tener la castidad por ser un precioso don del cielo, sube de punto al considerar, que el Hijo mismo de Dios, que por amor nuestro descendió á la tierra, nos dejó un ejemplo prodigioso de la estimacion particular que profesa á esta virtud. Con efecto; habiendo Dios resuelto, para redimir al hombre, tomar una naturaleza semejante á la suya, escogió á una virgen por madre. Solo por una virgen podia ser concebido un Dios de toda pureza, pues cualquiera otra concepcion hubiera, en cierta manera, empañado el brillo de su santidad. Así como el Hijo de Dios habia sido engendrado desde toda la eternidad por un Padre virgen, así tambien, en calidad de hombre, debia ser concebido por una madre virgen; y así como una virgen no podia tener por hijo sino un Dios, así tambien Dios no podia tener por madre sino una virgen. Más ¿quién fué esta criatura privilegiada en la cual puso el Señor los ojos para elevarla á tan sublime dignidad? Fué la incomparable María, que, colmada por Dios, desde el instante de su concepcion, de las más inestimables gracias, correspondió á ellas con tal fidelidad, que desde su más tierna edad se consagró enteramente al Esposo de las vírgenes por el sacrificio que le hizo de su cuerpo y de su alma; sacrificio que renovó en el templo del Señor, cuando en él fué presentada por sus padres; sacrificio el más santo y perfecto, que hasta entónces se hubiese hecho á Dios en los altares; sacrificio, en fin, que María sostuvo constantemente, conservando con una fidelidad inviolable su pureza, y evitando todo cuanto pudiera empañar su brillo. La Virgen María estimaba tanto esta virtud, que por grande y gloriosa que fuese á sus ojos la dignidad de madre de Dios, hubiera preferido renunciar á ella antes que sacrificarle su virginidad. ¡Cuán grande no ha de ser, pues, el aprecio, que debemos hacer de una virtud, que á la inapreciable circunstancia de haber sido, en cierto modo, consagrada en la persona de la Virgen Santísima, reúne el imponderable mérito de elevar al hombre al cielo por la semejanza que le da con los ángeles y con Dios mismo!

No, hermanos míos, las almas castas no pertenecen á la tierra: esta virtud las eleva hasta los cielos; pues haciéndolas triunfar de las debilidades humanas, y desviándolas de los deleites sensuales, las

coloca sobre nuestra naturaleza corrompida, de manera que, por sus sentimientos y deseos, una alma casta vive la vida de los ángeles. Esto es lo que nos enseña Jesucristo en su Evangelio, cuando, hablando del estado de incorruptibilidad á que pasaremos en el día de la resurrección, dice, que seremos como los ángeles de Dios en el cielo: *Erunt sicut angeli, qui neque nubent, neque nubentur*. MATTH. XXII, 30. La razón de esto nos la da el mismo Jesucristo, y es, que después de la resurrección de los hombres no habrá entre ellos vínculo conyugal; de donde se sigue, que la castidad, que nos libra de los vínculos del matrimonio, representa, en este mundo de miserias y de destierro, el dichoso estado que alcanzaremos en la gloriosa inmortalidad; con la diferencia, sin embargo, de que los ángeles de la tierra, es decir, las almas castas, tienen por virtud lo que los ángeles del cielo tienen por naturaleza; por cuyo motivo, dice S. Juan Crisóstomo, la pureza de los hombres, aunque inferior á la de los ángeles, la aventaja sin embargo en mérito. Los ángeles, siendo de naturaleza puramente espiritual y sin mezcla de carne, y no conversando con los hombres, no tienen pasiones que combatir, ni están expuestos á los peligros que éstos tienen que evitar para conservar el tesoro de la castidad; pero nosotros, rodeados de tentaciones y asechanzas, que á cada instante amenazan arrebatarnos esta preciosa virtud, tenemos que vivir en un estado de lucha y de violencia continuas para no perderla; pero si sabemos conservarla, no solamente nos hace semejantes á los ángeles, sino que nos da también un carácter de semejanza con el mismo Dios. Si, hermanos míos; las almas castas son en la tierra imágenes vivas de Dios, porque cuanto más una alma se desprende de su cuerpo, tanto más se une con Dios; y como Dios es todo espíritu, quien se une con él, es con él un mismo espíritu, dice el Apóstol: *Qui adhæret Deo, unus spiritus est*. I. COR. VI, 17. Y por una feliz correspondencia, Dios se une también al alma casta, la considera como á su esposa querida, hace de ella el objeto de sus complacencias, y se deleita en habitar en ella como entre azucenas: *Qui pascitur inter lilia*. CANT. VI, 2. De ahí la firme seguridad de la felicidad eterna que la castidad da á una alma. De ahí también esos buenos impulsos que la inducen al bien; esa devoción tierna, esa facilidad, que encuentra en el servicio del Señor, esa fidelidad, en fin, á la divina gracia, que perfecciona y consuma la obra de su santificación.

El alma casta está en la disposición más feliz para la santidad y la perfección. Es un alma dotada de todas las virtudes cristianas, ó que tiene, á lo ménos, una gran facilidad para practicarlas; por-

que para ser casto, hay que hacerse suma violencia, y desde que se ha conseguido esto, lo demás no cuesta casi nada. El alma que tiene tanto imperio sobre su cuerpo sensual, vence sin dificultad cuantos obstáculos encuentra en el camino de la santidad. ¿Qué sacrificio le será difícil después del que tiene hecho? ¿Qué enemigo se le puede presentar más formidable que el que ya ha encadenado, consagrándose á su Dios como víctima pura y sin mancha? ¿Será el demonio y sus tentaciones? Más éstas no son de temer, sino cuando el ángel de las tinieblas está de acuerdo con el enemigo doméstico, para hacernos caer en sus asechanzas; pero, desde el momento que la carne, que es el enemigo doméstico, está reducida á la servidumbre, caen por tierra todos los planes del demonio. ¿Será acaso el mundo con sus bienes y deleites? Más este aliciente no tiene la menor eficacia contra una alma pura, á quien la castidad ha desapegado de los placeres sensuales, porque no ve en ellos más que un peligro necesario, que le ha de acarrear un triste naufragio; y como el amor á las riquezas y honores es una consecuencia del deleite que en ellos se encuentra, desde el instante que se menosprecian los deleites del mundo, se hace muy poco caso también de esos falsos bienes, y se les considera, como el Apóstol, cual basura indigna de ocupar un corazón consagrado á Dios; de manera, que la castidad sale triunfante de todos los vicios y de todas las tentaciones. Por otra parte, ella es la compañera de todas las virtudes, supuesto que, para llegar á este punto, es menester poseerlas todas: es necesario ser humilde y mortificado, menospreciar todos los objetos sensibles, elevarse sobre sí mismo, renunciarse y crucificarse en fin incesantemente; condiciones todas de la perfección que Jesucristo nos ha enseñado en el Evangelio. Así notamos, que los verdaderamente castos son los cristianos más perfectos: ellos son reservados en sus palabras, modestos en sus ademanes y movimientos, sóbrios en sus comidas, respetuosos en los lugares santos, edificantes en toda su conducta: parecen á los lirios, que se elevan hácia el cielo, y que difunden á su alrededor un suave perfume: su sola presencia inspira amor á la virtud. La castidad es un camino seguro para llegar á la santidad más perfecta, especialmente para las almas que hacen una profesión particular de la virginidad. Esto se comprende muy fácilmente, si se considera, que desde el momento que una alma ha escogido á Jesucristo por esposo, se desprende de una infinidad de objetos que la distraen del camino de la perfección; y, ocupada tan solo en complacer á su divino esposo, está libre, como dice el Apóstol, de todos los cuidados, de todos los embarazos que estorban á las personas que tienen dividido su co-

razon con algunos otros objetos: *Virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu.* I. COR. VII, 34. Ella no piensa más que en unirse con Dios por una vida más perfecta; el amor divino encuentra más lugar en un corazón porque no está dividido; y este corazón, enteramente inflamado, posee en el mismo amor divino la prenda segura de su predestinación.

Bien es verdad, que la castidad, de que aquí habla el Apóstol, bajo el nombre de virginidad, no es una virtud propia de todos los estados; porque no es dado á todo el mundo el llevar un género de vida tan perfecto como el de las personas que se consagran á Dios por el celibato, en la religion, ó en el mundo; pero si es una castidad comun, que conviene y es necesaria en todos los estados; es decir, que en cualquier género de vida que se hubiere abrazado, debe evitarse todo cuanto pueda empañar esta bella flor; porque la castidad impone tambien algunos deberes, así á los que están unidos con el vínculo del matrimonio, como á los que no lo están. No me he propuesto explicar en este discurso, en que consisten tales obligaciones; diré, solamente, en general, que todo cristiano, cualquiera que sea su estado, debe estimar la castidad como una virtud, que constituye uno de los más bellos ornamentos de la religion cristiana; que todo cristiano, convertido por el bautismo en miembro de Jesucristo y en templo del Espíritu Santo, debe profesar un gran respeto para consigo, y no profanar este templo con ninguna mancha que pudiera menoscabar su belleza; que debe desterrar de su espíritu y de su corazón todo objeto extraño, toda inclinación desordenada, todo pensamiento contrario á la santa virtud de la pureza. Si alguno, dice el Apóstol, profanare el templo del Señor, perderle ha Dios á él: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus.* I. COR. III, 17. ¿Qué precauciones, pues, deberán tomarse para evitar tamaña desgracia? Voy á manifestároslo en la segunda parte de este discurso.

2. Ante todo, conviene tener muy presente, hermanos míos, que la castidad es tan difícil de conservar como fácil de perder. No hay virtud más expuesta á las asechanzas de los enemigos de nuestra felicidad eterna. Todo cuanto nos rodea, así en lo exterior como en lo interior, nos pone á cada instante en peligro de perderla. En el exterior, ¿qué de objetos no existen, cuyas gracias y atractivos son otros tantos tiros asestados contra ella, y tanto más terribles, cuanto más se ocultan á nuestros ojos? Y ¿á qué peligros, sobre todo, no está expuesta esta virtud en las relaciones que se contraen entre personas de diverso sexo; en las visitas premeditadas que se hacen, so color de una inocente amistad, bajo la cual arde un fuego que, no por ser

oculto es ménos vivo, y que se manifiesta, frecuentemente, por las libertades que se toman ó permiten, sin hacer el menor escrúpulo de ellas, porque se consideran como señales de puro afecto; pero que, á los ojos de Dios, son libertades culpables, que concluyen con graves desórdenes? Pero, aun cuando ningun objeto exterior le hiciese mella, tenemos dentro de nosotros mismos el principio y la causa de su ruina: llevamos este tesoro encerrado en vasos quebradizos. Nosotros sentimos en nuestro cuerpo la influencia de una ley funesta, que batalla de continuo contra la del espíritu, y de la cual, aun la más sólida y severa virtud apenas puede triunfar. Así nos lo atestigua el grande Apóstol, al lamentarse de que, á pesar de todas las austeridades con que mortificaba el cuerpo, aun tenia necesidad de la gracia para rechazar los asaltos del espíritu impuro. Así nos lo atestiguan tambien los Jerónimos, los Bernardos y los Benitos, quienes se azotaban duramente, se revolvían sobre espinas, ó se arrojaban en lagos helados para extinguir el fuego naciente de la concupiscencia. Ahora bien; si los mismos santos han experimentado tan terribles y humillantes asaltos; si alejados de las ocasiones, extenuados por los rigores de la penitencia, han llorado tanto tiempo por la aflictiva necesidad en que se hallaban de sentir los estímulos de la carne; ¿cómo podremos nosotros asegurarnos la victoria en medio de las ocasiones que nos rodean, viviendo una vida afeminada y sensual, que enerva las fuerzas de nuestro espíritu? No lo olvidéis, hermanos míos: basta un ligero soplo para empañar el espejo de nuestra pureza; y un solo pensamiento impuro, desde el momento que nos detenemos voluntariamente en él, causa en nuestra alma una herida mortal. Las otras virtudes no siempre corren riesgo; pero la castidad peligra en todo tiempo y en todo lugar: ni aun en la soledad estamos al abrigo de los ataques del tenaz enemigo, que llevamos siempre con nosotros mismos en una carne rebelde á la ley de Dios.

Hay virtudes que pueden y deben mostrarse en público para edificación del prójimo; más á la castidad no le es dado hacerlo, sin exponerse á padecer detrimento. Es tan difícil conservarla en un mundo corrompido, como andar sobre áscuas sin quemarse, ó sobre puntas de espada sin herirse. ¿Qué debemos, pues, inferir de esto? ¿Haremos de solicitar á toda costa la posesión de esta virtud, ó tendremos que desalentarnos á vista de las dificultades que ofrece, para entregarnos á la inclinación de una naturaleza corrompida, que nos conduce á la satisfacción de sus apetitos y pasiones? No permita Dios, hermanos míos, que sigáis las máximas perniciosas de esos hombres impuros y voluptuosos, que haciéndose una necesidad del vicio, po-

nen todo su conato en destruir la virtud, y falsamente persuadidos de que ni el uno ni la otra proceden de actos libres, se abandonan á sus pasiones. Más, supuesto que esta virtud es tan delicada, hay que concluir, que debemos valernos de muchas precauciones para conservarla. ¿Cuáles son estas precauciones? ¿cuáles estos medios? Yo los reduzco á tres principales, á saber, la fuga de las ocasiones, la mortificación de los sentidos, y la oracion.

Hay virtudes que atacan al enemigo de frente, como la fortaleza y la caridad; y las hay tambien, como la castidad, que no pueden vencer sino con la fuga. En efecto; si los enemigos de esta virtud son ya de suyo tan formidables, aun cuando se presentan sin buscarlos, ¿que sucederá cuando se tiene la temeridad de provocarlos al combate? Ponerse en ocasiones peligrosas para la pureza, es declararse ya medio vencido, es estar de inteligencia con el enemigo, es capitular con él para rendirle la plaza. Por tanto, si quereis, hermanos míos, salir victoriosos de estos combates, es menester que eviteis las ocasiones peligrosas, como son sin duda los espectáculos, los bailes, la lectura de malos libros, ciertas relaciones, especialmente con personas de sexo diferente, en una palabra, todos los objetos que, más ó ménos directamente, puedan estimular el vicio contrario á la virtud de la castidad. Yo sé, amados hermanos, y debo decirlo para consuelo de las almas que aman á Dios, que no siempre puede adoptarse el partido de la fuga para evitar los peligros: hay ciertas compañías honestas, á las cuales no estamos obligados á renunciar desde que la virtud no corre riesgo de naufragar en ellas; pero si tenemos todos la obligacion de evitar las ocasiones próximas, es decir, las que por su naturaleza son capaces de hacernos caer en pecado, ó que no siendo tales por naturaleza, lo son por efecto de una mala disposicion de las personas que á ellas se exponen.

Sobre todo, es necesario, que las personas que tienen contraidas ciertas relaciones de amistad ó afecto, renuncien á ellas, aunque parezcan ó sean inocentes en sí mismas, desde el momento que se consideren peligrosas para la castidad; y aun á veces, por más que no haya en tales relaciones peligro alguno para los que las cultivan, es menester interrumpirlas á fin de evitar el escándalo que de ellas puede originarse. Finalmente, para librarnos del peligro en que, á cada paso, nos vemos, de perder el inestimable tesoro de la castidad, es necesario que mortifiquemos los sentidos, que son las puertas por donde la muerte entra en nuestra alma. Porque, ¿quién se admirará, hermanos míos, de ver al enemigo dueño de una plaza, sabiendo que ésta no solo se hallaba indefensa, sino que estaba en secreta

inteligencia con el invasor? Nosotros tenemos dentro de nosotros mismos un enemigo doméstico, que es nuestra carne; una naturaleza corrompida, que nos inclina á los objetos sensibles; por lo tanto es menester, que sojuzguemos este enemigo, y reduzcamos esta carne á la servidumbre, mortificando los sentidos con el cercenamiento de todo lo que puede satisfacerlos con agravio de la ley de Dios. Es necesario, principalmente, cerrar los ojos á los objetos peligrosos; porque de todos los sentidos, el de la vista es el más difícil de refrenar, el que se nos desliza más imperceptiblemente, y el que encuentra más facilidad para conseguir su objeto.

Cerremos nuestros oídos á los cantos profanos, á los discursos obscenos, á las conversaciones libres; mortifiquemos nuestro paladar, y seamos parcios, sobre todo, en la comida de aquellos manjares capaces de estimular nuestras pasiones. La castidad es una flor rodeada de espinas, que jamás nace entre las delicias de una vida afeminada y sensual. La modestia, que es una consecuencia de la mortificación, sirve tambien de defensa á la castidad; pues refrena todos nuestros sentidos y regula todos nuestros actos exteriores de manera, que no menoscabemos con ellos nuestra propia honestidad ni la del prójimo. La modestia detesta esas consideraciones mundanas, esos modales seductores y provocativos, esos trajes indecentes, que denotan un corazon corrompido y llevan el contagio al corazon de los demás.

Pero como toda nuestra fortaleza viene de Dios, solo á él debemos recurrir para asegurarnos la victoria. Acudamos, pues, con frecuencia al pié de los altares, y roguemos fervorosamente á Dios, diciéndole con el Profeta: Crea en mí, oh Dios, un corazon puro, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud: *Cor mundum crea in me, Deus: -et spiritum rectum innova in visceribus meis.* PSALM. 1, 12. Acudamos tambien á la Reina de los ángeles, dirigiéndole todos los dias algunas oraciones para alcanzar la gracia de la pureza. Lleguémonos con frecuencia á los sacramentos, que son el manantial de la divina gracia. La penitencia nos servirá de remedio contra la ponzoña de la voluptuosidad; y la santa Eucaristía, uniéndonos á la carne virginal de Jesucristo, nos conservará en una inviolable pureza. Bienaventurados los que tienen puro su corazon, dice Jesucristo, porque ellos verán á Dios. Amen.

## CASTIDAD.

## II.

*Sicut in die honeste ambulemus... non in cubilibus et impudicitiiis.*

Andemos como de día, honestamente... no entre sensualidades y disoluciones.

(Rom. xii, 14.)

El Apóstol, en las palabras que acabo de citar, nos da un pequeño compendio de las virtudes que han de adornar al cristiano, y de los vicios que debe evitar. Diciendo, que andemos como de día honestamente, nos significa, que ha de pensarse, hablarse y obrarse cual se pensaría, hablaría y obraría en caso de que todo el universo, á la luz del día, pudiese leer los más recónditos pensamientos del alma. A continuacion, en enérgicas, aunque breves frases, condena los vicios que mayores estragos hacen en el mundo, y, entre otros, uno cuya rápida propagacion en la tierra llena de consternacion á cuantos con seriedad y fe meditan sus consecuencias. Las leyes de la honestidad yacen actualmente olvidadas; los grandes afectos del corazon se hallan extraviados: toda carne ha corrompido sus caminos; y parece que la sociedad entera se ha vuelto pura, ó mejor dicho, impura materia. No se diría sino que retrocedemos á los tiempos más abyectos del paganismo, ya que el corazon de las gentes es como un altar consagrado á la más vil y asquerosa de las pasiones.

Urgente es, por cierto, que los ministros del Señor opongan un dique á tan grave mal. Confiando en que la gracia ha de hacer fructificar en unos, ó en otros, más ó ménos tarde, la semilla de la divina palabra, voy á defender los derechos de Dios, derechos que villanamente conculca el que á los lúbricos desórdenes se entrega. Un vicio puede ser atacado de dos maneras, ó ponderando su fealdad, y los daños que al pecador infiere, ó inculcando la virtud contraria: hoy

quiero hablaros de la castidad, demostrándoos, que los derechos que Dios tiene sobre nuestro cuerpo exigen seamos castos. Para el buen éxito imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El cuerpo humano es obra de Dios, miembro del cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo; títulos todos que dan á Dios derecho, para que ese cuerpo jamás se mancille con sensualidades y disoluciones, antes sea siempre puro y santo, como puros y santos son sus destinos. Vosotros no ignorais de que manera el hombre fué formado: mirando Dios la creacion, que saliera de la virtud de su palabra, vió que correspondia á los últimos fines de su sabiduría infinita y de su providencia admirable; pero, haciendo falta un soberano para tan inmenso reino, formó al hombre á su imágen y semejanza. La tierra, que en las manos de Dios sirvió de materia para crear el cuerpo de Adán, era pura, y en este cuerpo puro, el Señor con su purísimo y vivificador aliento inspiró el espíritu de vida. Puro, pues, de necesidad fué todo el hombre, tanto como cumplia á la última obra de Dios, destinada á ser como su lugar-teniente, y si cabe espresarme así, su representante en el mundo creado. Ahora bien: conforme el cuerpo del hombre vaya alejándose de aquella pureza, que es inseparable de su formacion; conforme vaya manchando aquel espíritu que, desde el labio del Altísimo, salió puro para animar su carne, esa criatura descende del alto puesto que ocupa en la escala de la creacion, y se hace indigna de ser contada entre las obras preciosas de Dios.

En efecto; al hombre que no es casto, ya no se le puede llamar obra de Dios hecha á su imágen y semejanza, ni representante suyo en este mundo de visibles maravillas; ni tampoco le cuadran las denominaciones de rey destronado, y proscrito ilustre, porque, bajo cierto aspecto, le serian aun asaz honrosas; el nombre que le conviene es el de esclavo de la carne rebelada, y representante del infierno. Dios quiere que solo al hombre puro sirva de trono una creacion pura, condenando al que no es casto á ser exacerbado en sus desórdenes por las mismas maravillas que él debia dominar, y que debieran inspirarle himnos eternos en alabanza del Criador: quiere que su imágen y semejanza tenga en el hombre un solio immaculado; pero al que no es casto le hace no sólo, sino lodazal donde viva la imágen del Altísimo: quiere que el sér humano, como obra predilecta suya, ocupe en la escala de la creacion un lugar inmediato á los ángeles; pero al que no es casto lo relega al lado del jumento y del mulo, que carecen de inteligencia: quiere que en el conjunto de las

cosas producidas reine la armonía, hija del orden, y que toda creación sea una visible copia de sus atributos divinos; pero el que no es casto trastorna esta armonía, haciendo que el espíritu se sujete á la carne, en lugar de someter la carne al espíritu. Así, pues, el hombre que no es casto, destruye, en cuanto de él depende, toda la obra de Dios, perturba la universal armonía, y él mismo queda como destruido.

2. Nuestros cuerpos, por otra parte, son miembros de Jesucristo, y de consiguiente no deben mancharse con impuras profanaciones. Tomando Jesús nuestra naturaleza, la purificó y ennobleció, elevándola, en cierto modo, sobre la angélica; con juntar Dios á su divina naturaleza, aunque sin el pecado, la sangre pecaminosa que corría por nuestras venas, y la carne de corrupción en que vivíamos, la humana naturaleza quedó tan enaltecida, que quedamos hechos miembros de Cristo, conforme antes lo éramos de Adán. Somos también miembros del Salvador con relación al alma, á la que comunica fe, gracia y vida divina y espiritual. De aquí el Apóstol arguye, que hemos de ser castos y evitar los excesos impuros de la carne: *Tollens ergo, dice, membra Christi, faciam membra meretricis? Absit.... Fugite fornicationem.* Jesucristo es nuestra cabeza, por consiguiente, nuestros cuerpos son miembros de Cristo; y siendo así, ¿nos convertiremos en miembros de una mujer impura? *Absit!* no mentemos siquiera tal sacrilegio! Así como Jesucristo puede decir en la Eucaristía: este es mi cuerpo natural, en virtud de la transubstanciación; así también puede decir del cristiano: este es mi cuerpo místico por la adopción. ¿Quién de vosotros dejaría de horrorizarse si supiese, que la Hostia consagrada hubiese sido arrojada á un lodazal? Pues lo mismo debemos horrorizarnos de hacer miembros de una mujer impura los miembros de Jesucristo.

3. Finalmente, nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, razón más para que no los manchemos con impuras profanaciones. Recordad, amados oyentes, la santa ira que el Hijo de Dios mostró al ver convertido el templo en mercado de negociantes. ¿Qué es esto? les dijo, arrojándoles apresuradamente del lugar de la oración; vosotros haceis de la casa de mi Padre una guarida de ladrones. ¿Qué es esto? podemos preguntar también nosotros á los impuros: ¿no sabeis, que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros? ¿No sabeis, que teneis obligación de llevar siempre á Dios en vuestro cuerpo, conservando éste puro, en obsequio de su Espíritu? ¿Por qué profanarle pues? ¿Por qué haceis de este templo una cueva de horrendos vicios? Eso es querer glorificar y llevar en el cuerpo

un vicio infame, antes que glorificar y llevar á Dios: ¡abominable trastorno de todos los derechos, y atroz injuria inferida á la sacra majestad del Altísimo!

Hermanos míos, proceded en todo honestamente, como nos manda el Apóstol: reprimid vuestros sentidos, y especialmente el de la vista, que es por donde la muerte suele entrar en el alma: si por desgracia arde en vuestro corazón el fuego sacrilego de la impureza, no dilateis convertiros un solo momento, porque mañana podría faltáros el tiempo, la gracia, ó la voluntad; y ¿quién sabe hasta que fecha están contados los días é instantes de vuestra vida?

Señor misericordiosísimo, secundad estos propósitos con tesoros de gracias; compadeceos de nuestra flaqueza, y perdonad nuestra malicia. Favor, Dios mío, y no rehuséis tender una mano generosa á los que desean salir del abismo de sus culpas. Hacednos á todos castos, y salvadnos por eternidades de siglos.

#### PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

##### I.

La castidad es como un espejo. Con el espejo se descubren los defectos de la cara; con la castidad los defectos del alma; para el espejo son indispensables dos cosas, el mercurio y el cristal; para la castidad son necesarias: 1.º La humildad, 2.º El recato del cuerpo.

I. Se necesita la humildad. El mercurio es un metal pesado, que siempre va al fondo; la humildad nos hace ahondar siempre en el abismo de nuestra nada, despreciar las alabanzas, renunciar á la vanidad, que pone en peligro la castidad.

II. El cristal es muy frágil, pero lo es todavía más nuestra condición. Por esto nos dice el Apóstol: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus.* (II. Cor. iv, 7.) A la manera que se empaña el cristal, se empaña la castidad: 1.º Con el polvo, esto es, con ver y ser visto, oír, no recatarse, y con los pensamientos impuros. 2.º Con el aliento, ó sea, con las palabras deshonestas. 3.º Con las manos, es decir, con las obras carnales.

##### II.

Dice el Espíritu Santo: *Omni custodia serva cor tuum* (Prov. iv): con estas palabras puede probarse, «que el mejor medio de guardar la castidad es huir de los peligros.»